

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

**Domingos del 18 al 26 del tiempo ordinario,
ciclo A**

*Con las solemnidades
de la Transfiguración del Señor y la Asunción de
la Bienaventurada Virgen María.
Del 6 de agosto al 7 de octubre de 2021*

dossier **CPL**

La Transfiguración del Señor

6 de agosto

Primera lectura: Daniel 7,9-10.13-14

Su vestido era blanco como nieve.

El libro de Daniel es el único libro apocalíptico del Antiguo Testamento. Escrito probablemente durante la revuelta de los Macabeos (167-164 aC), se compone de narraciones (cap. 1-6) y visiones (7-12). El libro recibe el nombre del protagonista, un judío exiliado llamado Daniel, sabio e íntegro, cuya fe inquebrantable en el Dios de Israel le hace salir siempre victorioso de la prueba. Su objetivo es fortalecer la fe y fidelidad de los judíos perseguidos y alimentar su esperanza.

La visión apocalíptica de Daniel 7, uno de los textos clave del mesianismo veterotestamentario, constituye el centro del libro. La visión se compone de dos partes. La primera parte (vv. 1-8) se refiere a las cuatro bestias con rasgos mitológicos que aparecen una detrás de otra (león, oso, leopardo, y una bestia con diez cuernos) que simbolizan las grandes potencias de la historia (Babilonia, Media, Persia, Grecia con Alejandro Magno y sucesores). La segunda parte (vv. 9-14), a la que pertenece nuestro fragmento, cambia de escenario. Para poder someter a juicio a los imperios efímeros que se suceden en la historia, en el cielo se prepara una sesión del tribunal de Dios («un anciano») con todo el ejército de los ángeles. Vestido, trono, ruedas, fuego... son elementos que evocan la visión inaugural de la gloria en el libro de Ezequiel (1,4-28). Ante el impresionante anciano (entiéndase Dios), comparece otro personaje simbólico: «un hijo de hombre», cabeza, modelo y representante de la nueva humanidad. Sus rasgos humanos contrastan con los rasgos inhumanos y crueles de las bestias. Rodeado de nubes, elemento típico de las teofanías, el hijo de hombre recibe un poder eterno y universal y todos los pueblos lo adoran (v. 14).

Segunda lectura: 2 Pedro 1,16-19

Esta voz del cielo la oímos nosotros.

La segunda carta de Pedro, probablemente el escrito más tardío del Nuevo Testamento, es un «discurso de adiós» en forma epistolar. De ahí que muchos la consideren como una «carta testamento» (entiéndase «testamento espiritual») del apóstol Pedro, obra de un cristiano de segunda generación. La carta se puede fácilmente estructurar en tres secciones que corresponden a sus tres capítulos, además del saludo inicial (1,1-2) y la doxología final (3,17-18).

Nuestro breve fragmento (1,16-19) pertenece a la primera sección, en la que destacan una exhortación a consolidar la vocación recibida (1,3-11) y el recuerdo de la enseñanza de Cristo y los profetas (1,12-21). Su contenido se podría resumir en el enunciado siguiente: invitación a escuchar la Palabra de Dios. El autor de la carta quiere presentar la Transfiguración como la revelación de la Palabra divina, una palabra superior a la de los profetas del Antiguo Testamento. Como una lámpara que guía nuestros pasos, ella anticipa la luz eterna e inextinguible de nuestra pascua definitiva. En el encuentro final con Dios ya no habrá oscuridad ni tinieblas sino que «despuntará el día y el lucero matutino se alzarán para siempre en nuestros corazones» (v. 19).

Evangelio ciclo A: Mateo 17,1-9

Su rostro resplandecía como el sol.

En el evangelio de Mateo el relato de la Transfiguración va precedido del primer anuncio de la pasión (16,21-28) y seguido de la curación del niño epiléptico (17,14-20), dos episodios en los que aflora el lado doliente de la humanidad. En el primero Jesús empieza a mostrar a los discípulos que su camino hacia la resurrección pasa primero por la pasión y muerte, y en el segundo vemos a Jesús luchando contra el espíritu del mal. Y en medio de ambos textos aparece nuestra página evangélica como un oasis de paz iluminado por un resplandor celestial.

Todo sucede en una «montaña alta», que la tradición ha identificado con el Tabor, monte que domina la llanura de Galilea. Y todo en el texto converge en la voz divina que revela la identidad de Jesús como el «Hijo amado, predilecto» (v. 5). El monte, el resplandor del rostro, los vestidos, la nube, el miedo y la fascinación de los discípulos (aquí Pedro, Santiago y su hermano Juan) son elementos que suelen estar presentes en las teofanías, es decir, en las manifestaciones de Dios.

La visión de Jesús transfigurado junto a Moisés (la ley) y Elías (la profecía) provoca una reacción inesperada de Pedro: «Si quieres, haré tres tiendas» (v. 4). El griego *skenas* se puede traducir con cabañas o tiendas, así que se podría entender como una alusión a la fiesta judía de las Cabañas (cf. Lv 23,33-43). Ahora bien, en el Antiguo Testamento el símbolo de la tienda alude a la presencia de Dios (en hebreo, la *shekinah*).

La afirmación de la voz divina recuerda la escena del bautismo (cf. Mt 3,17 y 12,18) y el imperativo «escuchadlo» (v. 5) retoma libremente el texto de Dt 18,15. De este modo, se afirma la supremacía de Jesús respecto a Elías y Moisés: él es la única figura decisiva para la salvación. Por eso, al final de la escena aparece completamente solo, sin ningún acompañante.

Domingo 19 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 1 Reyes 19,9a.11-13a

Aguarda al Señor en el monte.

Este breve fragmento tomado del primer libro de los Reyes pertenece al episodio conocido como «Elías en el Horeb» (1Re 19,9-18), cuya conclusión es la unción de Eliseo, su sucesor en el ministerio profético.

Huyendo de la reina Jezabel que lo persigue a muerte, el profeta Elías atraviesa el desierto y se dirige al Horeb (o Sinaí), el mismo monte donde el Señor se reveló a Moisés y le entregó las tablas de la Ley. Ambos personajes tuvieron una experiencia similar y ambos aparecen juntos en la escena de la transfiguración de Jesús en Mt 17,1-13.

Elías es un profeta en búsqueda y la fuga de Jezabel se transforma en un itinerario que le conducirá a descubrir el verdadero rostro de Dios. En la soledad de la montaña Elías busca a su Dios, pero este no se manifiesta en ninguno de los grandes fenómenos atmosféricos (viento huracanado, fuego) o sísmicos (terremotos) que los antiguos vinculaban a las divinidades. Por el contrario, escoge revelarse en un leve susurro, imagen del Espíritu y signo de su acción benéfica (v. 12). Elías reacciona «cubriéndose el rostro con el manto» (v. 13), un gesto que se explica con la respuesta que el Señor dio a Moisés en Ex 33,20: «Tú no podrás ver mi rostro, porque nadie puede ver a Dios y seguir con vida».

Segunda lectura: Romanos 9,1-5

Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos.

Una vez terminada la lectura de Romanos 8, hoy seguimos con el exordio de una nueva sección de la carta dedicada a Israel en el plan salvador de Dios (Rom 9–11). Los cinco versículos que componen dicho exordio (8,1-5) expresan el drama interior que vive Pablo, un hebreo de raza y cultura y seguidor de Cristo. Tristeza y dolor afligen el corazón del apóstol por el hecho de que Israel ha rechazado la salvación de Cristo, aunque muchos israelitas han creído en Jesús como Mesías (v. 2). Tal es su aflicción que Pablo expresa un deseo imposible: verse como un proscrito (v. 3). El término «proscrito» traduce el griego *anatema*, que significa maldito, es decir, separado de Cristo.

Los israelitas, sus hermanos de raza, son los descendientes de Jacob-Israel y sus títulos gloriosos son «la adopción como hijos», pues Dios llama a Israel su primogénito; «la gloria», es decir, la potencia de Dios manifestada en el éxodo y en la conquista de la tierra prometida; «las alianzas» con Israel, Abrahán y Jacob; «la ley», norma de vida para Israel;

«las promesas» que Dios hizo con los patriarcas, David y los profetas. Y, por último, Israel ha dado origen a Cristo, «el Mesías, que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos» (v. 5). De ahí, el dolor inexplicable de Pablo por su resistencia a la fe.

Evangelio: Mateo 14,22-33

Mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

A continuación de la primera multiplicación de los panes (Mt 14,13-21), Mateo coloca el episodio a menudo titulado «Jesús camina sobre las aguas» (cf. Mt 8,24), cuyos elementos principales (tempestad y miedo, serenidad y silencio) nos remiten a la experiencia vivida por Elías en el monte Horeb. En la primera lectura el Señor puso a prueba al profeta y aquí pone a prueba la fe de los discípulos, entre los que sobresale la figura de Simón Pedro.

El evangelio de hoy es, sin duda alguna, una meditación sobre la Iglesia, acosada por innumerables peligros y persecuciones («olas» y «vientos contrarios»). Incluso cuando sus miembros se tambalean y pierden la fe en Jesús, porque le creen ausente, la fuerza de su presencia se impone dándoles seguridad para continuar fieles y perseverantes en la misión.

El relato empieza en el v. 22, una especie de epílogo de la multiplicación de los panes, en el que Jesús se separa de la gente y de los discípulos. A estos les manda subir a la barca y adentrarse en el mar. Necesita estar solo, por eso al anochecer sube al monte para orar con el Padre (v. 23).

Los vv. 24-27 presentan la primera parte de una escena dramática. La barca «sacudida» (en griego, «atormentada») por las olas del mar (el enemigo indomable) y Jesús que, en la noche oscura (el poder de las tinieblas), se aparece a sus discípulos caminando sobre las aguas. A estos les invade el miedo y creyendo haber visto un fantasma, se ponen a gritar. Las palabras de Jesús «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (v. 27) tienen sabor pascual y recuerdan las apariciones del resucitado.

La segunda escena (vv. 28-31) inicia con la intervención decidida y valiente de Pedro. En solo unos instantes todo su coraje se transforma en temor y suplica al Señor que le salve de morir ahogado (cf. sus negaciones en el trayecto que va del cenáculo al patio de Caifás). Pedro es paradigma del hombre débil («de poca fe») que, sin embargo, no duda en agarrarse a la mano del Señor, su única fuerza, su ancla de salvación.

El final es sublime: Jesús y Pedro suben a la barca, la tempestad se calma y los discípulos hacen su confesión de fe: «Verdaderamente eres Hijo de Dios» (vv. 32-33).

La Asunción de la Virgen María

15 de agosto

Primera lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10

Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal.

Nuestro fragmento, a excepción del versículo introductorio (11,19a), pertenece a Ap 12–15, una sección conocida como «el tríptico de las señales» (en griego, *semeía*), un complejo y oscuro entramado de símbolos difíciles de interpretar. La primera señal («una gran señal») es la mujer (12,1), la segunda («otra señal») es el dragón (12,3) y la tercera («otra señal grande y maravillosa») son los siete ángeles con las siete plagas (15,1). Las tres señales interactúan entre ellas en una de las secciones más típicas del libro, donde el autor presenta una síntesis simbólica de la historia marcada por el pecado de la humanidad y la intervención salvífica de Dios.

La mujer y el dragón son dos misteriosos personajes que se enfrentan en una acción dramática que cambia continuamente de escenario. Por un lado, la mujer representa la Iglesia en su dimensión trascendente y terrena que da a luz a Cristo; por otro, el dragón simboliza una fuerza antagonista, demoníaca y desacralizadora que, encarnándose en hechos y personajes históricos, persigue a la Iglesia. La lucha entre los dos es desesperada, persistente y cruel, pero al final la mujer sale victoriosa porque cuenta con el amparo y la protección de Dios. Con una imagen original y hermosa, el autor describe a la mujer «vestida de sol». En la Biblia el sol es considerado un elemento propio de Dios, casi una criatura privilegiada que lo expresa o manifiesta concretamente. Así pues, la imagen que emerge es la de una mujer envuelta por Dios en un vestido. Dios la ama tanto y se preocupa tanto de ella que la colma de sus dones más preciados.

La lectura mariológica de esta página del Apocalipsis ve en la mujer vestida de sol a la Virgen María, la madre de Jesucristo.

Segunda lectura: 1 Corintios 15,20-27a

Primero Cristo, como primicia; después los que son de Cristo.

Pablo dedica el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios a la resurrección de los muertos, un tema central de su predicación que se contraponía abiertamente al pensamiento griego. Para los griegos la idea de una vida después de la muerte que involucrase también el cuerpo (y no solo el alma) era difícil de aceptar. También la rechazaban los saduceos (cf. Mt

22,23) y algunos cristianos de Corinto. El discurso se desarrolla en tres momentos: la primera predicación y la confesión de fe cristiana (vv. 1-11), la resurrección de Cristo y la resurrección de los cristianos (vv. 12-34) y el modo de la resurrección (vv. 35-58).

En nuestra lectura (vv. 20-27a), el apóstol expresa su visión cristocéntrica de la historia con un lenguaje bíblico y apocalíptico, y de forma gradual, partiendo por supuesto de la resurrección de Cristo (v. 24). En los vv. 20-22 la idea de Cristo «primicia» queda reforzada con la idea del «nuevo Adán», arquetipo de una nueva humanidad y fuente de vida para los creyentes (cf. Rom 5,12-21). En los vv. 25 y 27 Pablo recurre a dos salmos mesiánicos, 109,1 y 8,7 respectivamente, para fundamentar sus afirmaciones.

Evangelio: Lucas 1,39-56

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

En el evangelio de hoy, Lucas narra la visita de María a su prima Isabel seguida del canto del Magníficat (Lc 1,39-56). En el Magníficat María une su voz a la de otras mujeres del Antiguo Testamento como Débora (Jue 5), Miriam (Ex 15,20-21), y Ana, la madre de Samuel (1Sam 2,1-10), quienes también entonaron un cántico al Señor. A partir de un único centro (Dios), el horizonte del Magníficat se abre en tres sucesivas ondas concéntricas: Dios y María, Dios y los humildes, Dios e Israel.

Los vv. 46-50 contienen el corazón del cántico. Con un vocabulario tomado de pasajes del Antiguo Testamento, María expresa sus sentimientos más profundos. Como en la Anunciación, se declara «esclava del Señor». El motivo de su alabanza es la acción que el Señor ha realizado en su favor. Por eso, le manifiesta su alabanza con alegría, consciente de su felicidad.

En la segunda parte del cántico (vv. 51-53) María elogia la actuación universal de Dios que hunde a los soberbios y enaltece a los humildes, manifestando así su predilección por estos últimos. Por tratarse de una experiencia análoga, Lucas imita en sus líneas esenciales el cántico de Ana (1Sam 2,1-10): una mujer alaba a Dios por su maternidad, una maternidad cuyo fruto provoca un cambio total en las situaciones humanas. Se podría resumir de este modo: reprobación de los orgullosos (v. 51), trueque de situaciones en el orden de poder (v. 52) y en el orden de la pobreza (v. 53).

Por último, en los vv. 54-55, María concreta el ámbito teológico en que se realiza la misericordia salvífica del Señor: Israel. El contenido de esta sección se puede esquematizar en los siguientes puntos: Dios ha acogido a Israel; lo ha escogido por su misericordia en favor del linaje de Abrahán; por su fidelidad, tal como lo había prometido.

Domingo 20 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 56,1.6-7

A los extranjeros los traeré a mi Monte Santo.

Con estos versículos empieza la tercera parte del libro de Isaías (Is 56–66). Su anónimo autor, conocido como el Trito-Isaías, ejerció su ministerio profético en los años sucesivos al regreso del exilio en Babilonia. Su mensaje es de consolación y, por lo que respecta a nuestro texto, de carácter extremadamente abierto respecto a la incorporación de los extranjeros al pueblo de Israel.

El leccionario recoge solamente el primero y los últimos versículos de una unidad que podría llevar por título: «culto universal», «una salvación sin fronteras» o «promesas a los extranjeros» (Is 56,1-8). En realidad, se trata de una invitación dirigida a los exiliados que han regresado a la patria, para que practiquen el derecho y la justicia, superando la tentación del exclusivismo, es decir, de formar una comunidad exclusivamente judía (cf. Is 66,21). Al contrario, el profeta les exhorta a abrir las puertas a los extranjeros (y también a los eunucos), tradicionalmente excluidos de la alianza. Las dos únicas condiciones para pertenecer a la comunidad del Señor son observar el sábado y ser fieles a la alianza.

El v. 7, citado por Jesús mientras expulsa a los mercaderes en el templo (Mt 21,13), introduce dos novedades: la oración se impone a los sacrificios y el templo acoge a todos los pueblos.

Segunda lectura: Romanos 11,13-15.29-32

Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel.

Romanos 9–11 se ocupa de un problema grave: la situación de Israel en el plan salvador de Dios. A pesar de la incredulidad de algunos, el Señor no rechaza a su pueblo sino que le ofrece la salvación. Esta lectura reúne dos fragmentos del capítulo 11. Por un lado, los vv. 13-15 forman parte de 11,11-24, donde Pablo sostiene que la incredulidad de Israel ha provocado o favorecido la recepción del evangelio de parte de los paganos. Por otro, los vv. 29-32 pertenecen a 11,25-32 sobre la restauración final de Israel, lo cual forma parte del proyecto salvífico de Dios. Acto seguido, un canto a la sabiduría divina (vv. 33-36) concluye esta sección (cap. 9–11) y con ella la parte doctrinal de la carta (cap. 1–11).

En el v. 13 «los gentiles» son los paganos convertidos al cristianismo. En el v. 15 el término griego *apobole* (en nuestro texto traducido con «reprobación») tiene varios matices: rechazo, abandono, defección, pérdida.

Ahora bien, Pablo no habla de un abandono total por parte del Señor, pues eso contradice lo afirmado en 11,1-2 (... «Dios no ha rechazado a su pueblo, a quien conoció de antemano»). Se trata más bien de un abandono pasajero en función del designio de salvación que tiene preparado para toda la humanidad, como se afirma en los vv. 29-32.

Evangelio: Mateo 15,21-28

Mujer, qué grande es tu fe.

En Mt 15,1-20 los escribas y fariseos se lamentan por el hecho de que los discípulos se sientan a la mesa sin lavarse las manos. Jesús reacciona con dureza y les reprocha por su hipocresía y su obediencia externa a las leyes, en menoscabo del sentido más profundo de la palabra de Dios. La discusión sobre la pureza sirve para derrumbar el muro de separación entre los judíos y los gentiles.

En el siguiente texto (15,21-28) Mateo insiste en el mismo tema, pero desde otro punto de vista. En esta ocasión relata un milagro en el que, rompiendo con los viejos esquemas de la tradición judía, abre horizontes universales a la propagación del Evangelio. Encontrándose Jesús en tierra pagana (Tiro y Sidón), una mujer cananea (no-israelita) le pide la curación de la hija endemoniada. Ante el silencio de Jesús, los discípulos interceden por ella. La respuesta del maestro sorprende a todos: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel» (v. 24). De este modo, Jesús revela la misión recibida del Padre («me han enviado» es un pasivo teológico cuyo sujeto es Dios) y su aceptación de la misma. A la insistencia de la madre («Señor, socórreme») Jesús responde con un discurso metafórico que parece desentonar con la petición recibida: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos» (v. 26). Este lenguaje, aunque insólitamente áspero, ofrece a la cananea la posibilidad de interpretarlo: los hijos son los judíos, los perros son los gentiles y el pan es la curación/el mensaje de salvación del que Jesús es portador.

En vez de mostrarse ofendida, la mujer reacciona con otra metáfora, comparándose ella misma con los animales que, obviamente, no se sientan a la mesa de los hijos, pero se quedan «debajo» para comer las «migajas». Cada uno tiene su lugar y la mujer es consciente de ello: a Jesús le toca estar con los judíos y a ella con los gentiles. Con todo, la cananea no pierde la esperanza. Está convencida de que, a pesar de las diferencias, el pan se puede compartir.

Jesús acepta su palabra, alaba su fe y cura a la niña. La salvación, pues, alcanza también a los gentiles.

Domingo 21 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 22,19-23

Colgaré de su hombro la llave del palacio de David.

Después de un duro oráculo contra Jerusalén, la ciudad que vive momentos de euforia por haberse librado en el último momento de la amenaza asiria (Is 22,1-14), el profeta Isaías proclama uno de los pocos oráculos proféticos dirigidos a un individuo en concreto (Is 22,15-25), del cual nuestro texto recoge solamente los vv. 19-23.

Se trata de un oráculo de denuncia y castigo contra Sobná, el mayordomo de palacio (entiéndase, primer ministro del reino) que se preocupa solamente de su propio prestigio, riqueza e intereses. Parece que incluso se ha hecho construir un lujoso mausoleo. El profeta anuncia que Sobná será sustituido del cargo y su lugar lo ocupará Eliaquín, el hijo de Jelcías, una persona destinada a trabajar para el bien del pueblo. El traspaso de poderes está simbolizado en la «llave» (cf. Mt 16,18; Ap 3,7) y en algunos distintivos como la «túnica» y la «banda», sin olvidar el uso de los verbos «abrir» y «cerrar» que indican la función y la autoridad del virrey: «lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá» (v. 22).

Por desgracia, también Eliaquín y su familia se dejarán corromper por la gloria y las riquezas (v. 24), lo que provocará su tremenda caída (v. 25). Es de notar que el leccionario omite estos últimos versículos.

Segunda lectura: Romanos 11,33-36

Él es origen, guía y meta del universo.

La parte dogmática de la carta a los Romanos (1,16–11,36) concluye, como dicen algunos, con un canto a la sabiduría divina (11,33-36). En realidad, estos cuatro versículos son un himno de alabanza a Dios y un reconocimiento de sus sabios designios. Utilizando expresiones del Deutero-Isaías (Is 40,13: «¿Quién ha medido el espíritu del Señor? ¿Qué consejero lo ha instruido?») y de la tradición sapiencial de Israel (cf. Job 41,3), Pablo alaba la sabiduría insondable y llena de bondad con que Dios lleva a cabo su plan de salvación. Una solemne doxología final pone punto y final a los once primeros capítulos de la carta (v. 36). Inmediatamente después de este himno, empieza la parte exhortativa (12,1–15,13), en la que Pablo indica a los cristianos cómo deben comportarse dentro y fuera de la comunidad.

Evangelio: Mateo 16,13-20

Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos.

Con «la confesión de Pedro» (Mt 16,13-20), se cierra la segunda parte del evangelio de Mateo dedicada a la evangelización en Galilea (el anuncio del reino de los cielos). A partir de 16,21 Jerusalén se perfila en el horizonte, pues Jesús anuncia por primera vez a los discípulos su pasión, muerte y resurrección.

Nuestro episodio, situado en la comarca de Cesarea de Filipo (tierra paganizada más allá de la frontera de Israel), contiene un diálogo, probablemente el más famoso, entre Jesús y sus discípulos. Dicho diálogo puede dividirse en dos secciones: ¿quién es Jesús? (vv. 13-16) y ¿quién es Simón Pedro? (vv. 17-19). El último versículo (v. 20) trata del secreto mesiánico, pues ni el pueblo ni los mismos discípulos estaban en condiciones de comprender el verdadero significado del término «Mesías».

La primera sección recoge la opinión de la gente y la opinión de los discípulos sobre Jesús a partir de dos preguntas del Maestro: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? y ¿quién decís vosotros que soy yo? Según los discípulos, la gente ve en él a un hombre de extraordinaria personalidad, uno que de una manera u otra ha preparado la venida del Mesías; sin embargo, no lo reconoce como tal, porque no le comprende. Respuesta, por tanto, positiva pero insuficiente. Según Simón Pedro, el que toma la palabra y responde por todos, Jesús no es solamente el Mesías sino también el Hijo de Dios en el más riguroso sentido teológico de la expresión. Es de notar que Mateo anticipa el sobrenombre «Pedro» (traducción griega del arameo *kefa*, «piedra, roca»), que Jesús todavía no le ha impuesto, porque piensa en clave de iglesia.

La segunda sección se centra en la figura de Pedro, hijo de Jonás, y, de manera particular en su misión en la iglesia. Jesús le felicita por no haberse dejado llevar por un criterio natural («nadie de carne y hueso») sino por la docilidad a la revelación (v. 17). Acto seguido le impone el sobrenombre de Pedro, explicándolo en positivo (él será la roca/el fundamento en que se apoyará el edificio de la iglesia) y en negativo (las puertas del infierno, es decir, el mal, no prevalecerá sobre ella) (v. 18). A la imposición del nombre sigue la delegación de autoridad que Mateo expresa mediante otras dos imágenes: la entrega de «las llaves» y la facultad de «atar y desatar» (v. 19). La primera significa pleno poder en el campo administrativo, jurídico, magisterial..., y la segunda, concreción de la anterior, quiere subraya el poder de perdonar los pecados concedido a Pedro y a la iglesia (cf. Jn 20,23).

Domingo 22 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Jeremías 20,7-9

La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí.

Nuestro texto recoge solamente los primeros versículos de Jr 20,7-18, pasaje conocido como la quinta y última confesión de Jeremías. Las otras cuatro confesiones se encuentran en Jr 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18 y 18,18-22. Todos estos fragmentos se conocen como las «Confesiones de Jeremías» en analogía con las Confesiones de san Agustín. Con un lenguaje a menudo violento y dramático, el autor presenta al profeta Jeremías aquejado por los sufrimientos y las angustias que la fidelidad a su misión conlleva, pues se ve obligado a decir al pueblo lo que este jamás quisiera oír.

La confesión de Jr 20,7-18 podría entenderse como una reacción del profeta a la persecución narrada en el capítulo 19 («el botijo de barro»). Allí se nos cuenta cómo Jeremías es llamado a hacer una acción profética: tomar un botijo, proclamar la Palabra de Dios y luego romperlo; el profeta realiza esta acción simbólica, luego regresa al templo y anuncia un oráculo de amenaza; a causa de esto el sacerdote Pascur lo manda arrestar, azotar y meterlo en el calabozo. Una vez liberado, Jeremías amenaza a Pascur (20,3) y le cambia el nombre. Si antes se llamaba Pascur (que indica la idea de bienestar), desde ahora se llamará «Terror alrededor». Es el primer caso de violencia física que sufre Jeremías a causa de su ministerio profético.

Los vv. 7-9 expresan una queja de Jeremías dirigida a Dios, a quien considera el responsable de su desdicha. Se queja de tener que predicar lo que no le gusta y de convertirse por ello en objeto de burla. Sin embargo, reconoce que la palabra de Dios ejerce en él un poder de atracción irresistible contra el cual no puede luchar («me pudiste»).

Segunda lectura: Romanos 12,1-2

Ofrecois vosotros mismos como sacrificio vivo.

Estos dos versículos constituyen una breve introducción a la sección exhortativa de la carta a los Romanos (cap. 12-15), en los que Pablo expondrá una serie de conclusiones prácticas relativas a la vida cristiana. La vida cristiana deriva por naturaleza de la fe cristiana, gracia y dinamismo interior que mueve al creyente a vivir en conformidad con aquello

que cree. El «cuerpo» en la antropología paulina indica la persona humana en su totalidad. La vida cristiana es el «sacrificio (en el leccionario leemos «hostia») vivo, santo y agradable a Dios». Esto es el culto «razonable o espiritual» (traducción del griego *logikos*), es decir, propio de la persona que razona y que sabe distinguir, a la luz de la fe, lo que en la vida corresponde a la voluntad de Dios y lo que se aleja de ella. Pablo aclara que la voluntad de Dios coincide con lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Evangelio: Mateo 16,21-27

El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo.

Como ya indicamos el domingo pasado, a partir de 16,21 el evangelio de Mateo coge otro rumbo, marcado precisamente por el primer anuncio de la pasión y la consiguiente reacción de Pedro (16,21-27). En esta segunda parte del evangelio, casi exclusivamente dedicada a los discípulos, Jesús intenta adoctrinarlos sobre el signo y el valor de la cruz y prepararlos para los dramáticos acontecimientos que tendrán lugar en Jerusalén.

Consciente de que iba al encuentro de una muerte violenta, Jesús había aceptado libremente la voluntad del Padre como un deber, un servicio («tenía que ir», v. 21). Llegado el momento oportuno, confía su secreto a los discípulos (lo hará de nuevo en 17,22-23 y 20,17-19). Ellos no le entienden, pues esperaban otro destino para el Maestro. Y Pedro se rebela, protesta e increpa a Jesús (v. 22). Éste interpreta la reacción de Pedro como una tentación, pues le llama «Satán» que significa adversario, sinónimo de tentador (cf. 4,10). Le corrige y le enseña que el verdadero discípulo no tiene que pensar como los hombres, es decir, con criterios exclusivamente humanos (Pedro cuenta con su valor y su espada), sino como Dios (v. 23).

A la reprensión de Pedro, sigue una intervención magistral de Jesús sobre el seguimiento compuesta de cuatro sentencias que coinciden en un punto en común: para alcanzar la vida eterna hay que seguir el camino de la pasión, hay que pasar irremediabilmente por la cruz. De este modo, la pasión de Jesús se prolonga en la pasión de los discípulos. La condición para seguir a Jesús es «negarse a sí mismo» (renunciar a los propios criterios, intereses, tendencias...) y «cargar con la propia cruz» (enfermedad, sufrimiento, lucha interior, responsabilidades... martirio). Ser discípulo es seguir a Cristo en el camino de la cruz.

Las otras sentencias se refieren a la vida y gloria escatológicas: la vida divina vale más que la propia vida (v. 25), más que el mundo entero (v. 26) y fuera de ella la única alternativa es el fracaso eterno (vv. 27-28).

Domingo 23 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Ezequiel 33,7-9

Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre.

La vida y el ministerio profético de Ezequiel giran alrededor del acontecimiento más trágico en la historia Israel, la caída de Jerusalén bajo el ejército babilónico (586/7 aC). Antes de esa fecha, su palabra es dura e implacable: anuncia el castigo con toda su crudeza sin reparar en la fuerza de los términos y las imágenes utilizadas (Ez 1-24; 25-32). Después de la desgracia, en cambio, su palabra se suaviza, transformándose en un mensaje de esperanza y de restauración para un pueblo desesperado (Ez 33-48).

Nuestra lectura es un breve fragmento del cap. 33 (o sea que pertenece a la segunda fase apenas indicada), que podría llevar por título «el profeta centinela de su pueblo». Al igual que en 3,17-19, en 33,7-9 Ezequiel se presenta como un centinela encargado de velar por el destino del pueblo y de cada uno de sus miembros. Su responsabilidad es, sin duda, fundamental, pero ésta termina allí donde empieza la libertad de los ciudadanos. Nadie está obligado a escucharle: algunos puede que lo hagan, otros permanecerán indiferentes a sus palabras y habrá quienes se rebelarán contra de ellas.

Segunda lectura: Romanos 13,8-10

La plenitud de la ley es el amor.

Después de tratar sobre la relación de los cristianos con las autoridades civiles (Rom 13,1-7), Pablo nos brinda el que podría llamarse segundo himno a la caridad (Rom 13,8-10), un hermoso texto que ciertamente no supera el famoso himno de 1Cor 13.

Inspirándose en Ex 20,13-17 (cf. Dt 5,17-19) y Lv 19,18, el apóstol recuerda una vez más que en el mandamiento del amor se resumen todos los demás preceptos. El amor es el fundamento de todas las prescripciones y consejos morales que, de no ser así, se reducirían a un puro manual de imposiciones desligadas de la vida y de la persona. La frase del v. 10 «el amor es la plenitud de la ley» (en el leccionario, «amar es cumplir la ley entera») significa que la persona que ama realiza por el otro todo y más de lo que exige la ley, y lo realiza libremente, simplemente porque quiere.

Evangelio: Mateo 18,15-20

Si te hace caso, has salvado a tu hermano.

Nos encontramos en el cuarto discurso del evangelio de Mateo (18,1-35), donde el evangelista recoge una serie de instrucciones que Jesús dio a los discípulos sobre la vida comunitaria (en el fondo se vislumbra una comunidad cristiana en la que existen problemas de convivencia). En otras palabras, Jesús les dio algunas normas de procedimiento y les recordó algunos principios para ejercer el oficio pastoral en la comunidad cristiana, enseñándoles con qué espíritu tenían que actuar y acoger a los hermanos. Ambientado en la casa de Pedro en Cafarnaún, este discurso se desarrolla en tres momentos: vv. 1-14 (la primacía de los humildes en el reino de Dios), vv. 15-20 (la corrección fraterna) y vv. 21-35 (la parábola del perdón).

Hoy nos detenemos en el segundo momento, es decir, en Mt 18,15-20, texto que sin duda alguna responde a un problema comunitario: ¿cómo hay que tratar a los hermanos pecadores? Inspirándose en Lv 19,17 y Dt 19,15, Mateo indica un procedimiento parecido al que seguían otras agrupaciones judías contemporáneas en Israel. Primero, se empieza con una entrevista personal, en la que se habla de corazón a corazón. El segundo paso, sin duda más incómodo, es repetir la reprensión ante un mínimo número de testigos. Si la persona en cuestión persiste en su actitud, habría que denunciarla ante toda la comunidad o iglesia local, donde se ha producido el escándalo. Si esta medida tampoco funciona, significa que el hermano o hermana quiere ser considerado «como un pagano o un publicano», es decir, se retiene ajeno a la iglesia y esta formaliza públicamente su separación. En caso de que desee reincorporarse, siempre podrá hacerlo después de regresar y pedir perdón (vv. 15-17).

Siguen tres sentencias de Jesús, en las que asegura a sus discípulos que trabajan en la tierra la asistencia de Dios que está en el cielo (en los discípulos Mateo personifica a todos los ministros responsables de la iglesia). La primera sentencia (v. 18) extiende a los otros discípulos la facultad de «atar y desatar» que antes él mismo había otorgado solamente a Pedro (16,19). La segunda sentencia (v. 19) promete escuchar la petición que dos o más miembros de la comunidad dirijan al Padre de común acuerdo. La tercera y última sentencia («Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos», v. 20) es la que mejor resume el pensamiento del evangelista Mateo: Jesucristo, el Dios-con-nosotros, estará siempre con la Iglesia hasta el fin de los tiempos (cf. 28,20).

Domingo 24 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Eclesiástico 27,33–28,9

Perdona la ofensa de tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.

El Eclesiástico, también conocido como Sirácida o libro de Ben Sira, es el último testigo canónico de la sabiduría judía en Palestina. Escrito en Jerusalén, probablemente alrededor del año 180 aC por el sabio «Jesús, hijo de Sira», no fue aceptado en el canon hebreo, aunque aparece frecuentemente citado en los escritos rabínicos. En el Nuevo Testamento, la epístola de Santiago toma de él muchas expresiones y el evangelio de Mateo se refiere a él en varias ocasiones. El libro es una compendio de reflexiones y enseñanzas dedicadas a los jóvenes de las familias pudientes de Jerusalén. Su objetivo era prepararlos para afrontar la vida y las futuras responsabilidades en la sociedad y al mismo tiempo transmitirles el patrimonio religioso de Israel, el valor de sus tradiciones y sobre todo la fe incondicional en Yahvé.

Sea cual sea el título que otorguemos a nuestro texto («sobre el recuerdo de las injurias», «sobre el resentimiento/rencor», «sobre la remisión de los pecados»), su contenido es indiscutible: es mejor perdonar al prójimo que guardarle rencor por las ofensas recibidas.

Rencor e ira (en el leccionario «furor y cólera») suelen desembocar en un acto de violencia (la venganza) que el Señor no duda en castigar duramente (27,33–28,1). El polo opuesto de estos sentimientos abominables lo constituye el perdón: perdona y el Señor te perdonará (28,2). Los argumentos que sostienen esta doctrina se mueven sea en el ámbito del sentido común, lógica humana, psicología, sea en una esfera más netamente teológica, en la que se invoca el recuerdo de la muerte, la fidelidad a la Ley y la memoria de la alianza. Desde el punto de vista pedagógico, es interesante notar cómo la enseñanza del sabio se desarrolla a partir de unas máximas de marcado cariz negativo, luego se detiene en una especie de pausa retórica que da espacio a la reflexión, para concluir con una serie de recomendaciones de tono positivo destinadas a prevenir, y también a combatir, el ímpetu arrollador de la ira y el martilleo constante del rencor.

Segunda lectura: Romanos 14,7-9

En la vida y en la muerte somos del Señor.

Con este domingo termina la lectura antológica de la carta a los Romanos. El último fragmento seleccionado pertenece a la sección exhortativa

de la carta (Rom 12–15), más exactamente al cap. 14 enteramente dedicado a la relación entre dos clases de cristianos: los débiles y los fuertes en la fe, una relación que exige comprensión recíproca.

Los vv. 7-9 constituyen la declaración de fondo que explica la reflexión precedente sobre el perdón. Nuestra experiencia de amor y de vida se fundamenta en Cristo muerto y resucitado (v. 9). Él es lo único importante para el cristiano.

Pablo retoma aquí un tema que ya ha desarrollado en ésta y en otras cartas, es decir, la pertenencia del fiel a Cristo durante toda su vida (cf. Gal 2,20).

Evangelio: Mateo 18,21-35

No te digo que le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Mateo termina su cuarto discurso, el «discurso eclesial» (Mt 18), con el mandamiento del perdón fraterno a la vez que hace una severa advertencia contra el instinto de venganza (cf. la primera lectura). Podemos dividir el texto en tres partes: la respuesta de Jesús a una pregunta de Pedro (vv. 21-22), la parábola del perdón ilimitado o de la infinita misericordia (vv. 23-34) y la lección conclusiva (v. 35). El texto puede muy bien considerarse como una especie de comentario a la petición del Padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...».

La pregunta de Pedro menciona la expresión «siete veces» que equivale a decir «siempre» y la respuesta de Jesús acentúa ese modismo popular con un subrayado «setenta y siete veces», es decir, «absolutamente siempre». Detrás de esta expresión, se esconde una réplica al terrible canto de Lamek en Gen 4,24: «... si Caín había sido vengado siete veces, Lamek lo será setenta y siete».

A modo de explicación, Jesús añade una parábola que se compone de tres escenas de dos protagonistas cada una: empleado y señor (vv. 23-27), empleado y compañero (vv. 28-31), señor y empleado (vv. 32-34). La narración gira alrededor de dos comportamientos «contrastantes». El empleado es un inmenso deudor, pero a su señor le basta un gesto de buena voluntad para perdonarle la deuda. El deudor perdonado, en cambio, se muestra implacable con un compañero que le debe una cantidad insignificante. La reacción del señor ante este acreedor mezquino es severa: le obliga a pagar toda la deuda.

Lección de la parábola (v. 35): el discípulo de Jesús debe estar siempre dispuesto a perdonar al hermano, pues antes él ha sido perdonado por Dios. Si no lo hace, será juzgado sin misericordia (cf. Sant 2,13).

Domingo 25 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 55,6-9

Mis planes no son vuestros planes.

Esta lectura forma parte de la segunda parte del libro de Isaías (Is 40–55), obra de un profeta anónimo del exilio conocido como el Deutero o Segundo Isaías. Para mayor precisión, los versículos seleccionados pertenecen al epílogo de esta obra (Is 55,6-11). El leccionario omite los vv. 10-11 sobre el tema de la Palabra de Dios, los cuales forman inclusión con el Prólogo (Is 40,1-11).

Al final de su mensaje de esperanza y consolación, el profeta invita calorosamente al pueblo a la conversión, le invita a buscar y a volverse al Señor, a abandonar los planes y pensamientos torcidos y a aceptar aquellos del Señor. Esta invitación es, en el fondo, un canto a la trascendencia de Dios que se manifiesta en su gran misericordia (Dios «tiene piedad» de los pecadores y es «rico en perdón», v. 7) y en la enorme distancia que lo separa de los caminos y pensamientos de los humanos (vv. 8-9). La misma idea retoma el salmo responsorial: «es incalculable su grandeza» (Sal 144,3).

Segunda lectura: Filipenses 1,20c-24.27a

Para mí la vida es Cristo.

Iniciamos este domingo la lectura de la carta a los Filipenses, conocida como el «testamento espiritual de Pablo». La carta forma parte del grupo de «las cartas de la cautividad», al que también pertenecen las cartas a Filemón, a los Colosenses y a los Efesios. Se suele pensar que fue escrita en Roma, donde Pablo pasó al menos dos años arrestado con libertad condicional (61-63 dC), o en Cesarea (58-60 dC), donde estuvo encarcelado en el pretorio de Herodes (cf. Hch 23,35). Con el tiempo, sin embargo, se ha ido imponiendo la opinión de que la carta fue escrita desde Éfeso entre los años 56-57 o quizás un poco antes.

Filipos, situada al norte de Grecia, fue la primera ciudad europea evangelizada por Pablo. Acompañado de Silas y Timoteo, el apóstol llegó allí en su segundo viaje misional, probablemente el año 50. En aquella época Filipos era una colonia militar romana y sus habitantes eran en su mayoría paganos, aunque también había una pequeña colonia de judíos, que, al no tener sinagoga, se reunían a las afueras de la ciudad (cf. Hch 16,12-40). Como es habitual, Pablo comienza predicando el evangelio a los judíos, para seguir luego con los paganos.

El fragmento de hoy pertenece a la unidad 1,12-30, donde Pablo da algunas noticias personales sobre su cautividad (vv. 12-26) y hace una exhortación a la perseverancia (vv. 27-30). El apóstol no sólo pertenece a Cristo, como un esclavo pertenece a su señor, sino que se siente ensimismado con Cristo. Siente que la muerte lo conducirá a vivir la verdadera vida en Cristo. Sin embargo, por el bien de sus hijos, está dispuesto a aceptar esta vida con todas sus pruebas y sufrimientos.

Evangelio: Mateo 20,1-16

¿Vas a tener tú envidia porque soy bueno?

El evangelio de Mateo contiene tres parábolas a propósito de una viña. Hoy leemos la primera (Mt 20,1-16) y los domingos siguientes leeremos las otras dos (Mt 21,28-32 y 21,33-43). La viña (y también la vid) era símbolo de Israel, entendido como pueblo o reino de Dios, un pueblo que Dios consideraba propiedad suya y que cuidaba con especial esmero. Por eso, «trabajar en la viña» significa en el evangelio dedicarse al servicio del reino de Dios, realizando cada uno la misión que le ha sido encomendada.

Nuestra parábola, que sin duda alguna refleja una situación real en la vida de Jesús, en la comunidad o Iglesia, tiene como objetivo desautorizar a los murmuradores. Es decir, a aquellos que, considerándose los privilegiados, los justos y únicos destinatarios de la alianza (los primeros), no veían con buenos ojos que el Señor alargara su invitación a los pobres, los postergados, los inútiles, los pecadores, los paganos, los llegados a última hora (los últimos). Es de notar que la narración está situada en un marco característico de Mateo que nos ofrece la clave para interpretarla: justo antes de la parábola, en 19,30, leemos «Muchos de los primeros serán últimos y muchos de los últimos serán primeros» y en 20,16, justo al final, el evangelista repite: «Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos».

Dos elementos son esenciales en la narración: la contratación progresiva de los jornaleros y la indignación de los «primeros». Sin duda alguna, el acento recae sobre el segundo elemento. Con el deseo de favorecer a todos, el propietario no cesa de llamar trabajadores a su viña, incluso en la «hora undécima» (la jornada de trabajo iniciaba a la aurora y terminaba cuando aparecían las primeras estrellas, por un total de doce horas). Los jornaleros que murmuran contra el amo no reclaman un salario mayor de acuerdo a las horas de trabajo sino que se quejan del trato igualitario que todos reciben de parte suya.

Todos reciben el jornal completo, porque la bondad y generosidad del amo de la viña son infinitas.

Domingo 26 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Ezequiel 18,25-28

Cuando el malvado se convierta de su maldad, salvará su vida.

En la primera parte del libro (cap. 1–24), escrita antes de la caída de Jerusalén, el profeta Ezequiel se dirige a los israelitas que fueron exiliados a Babilonia en la primera deportación del 597 aC. Este grupo probablemente albergaba la esperanza de poder regresar en breve a la patria, pues los reyes babilónicos no practicaban una política de deportación en masa como era costumbre entre los asirios.

En el cap. 18, Ezequiel retoma un tema que ya antes había abordado en el cap. 14, es decir, la responsabilidad personal del individuo respecto al propio destino (retribución individual). En contra de la teología popular que pensaba que el mal o el bien de los antepasados repercutía en sus descendientes, Ezequiel proclama la responsabilidad de cada persona en la época que le ha tocado vivir. En este sentido, no cuenta la historia pasada y tampoco el mal que la sociedad lleva consigo. Lo que vale es la respuesta de cada persona a la Palabra de Dios y su decisión de convertirse de su pecado. Con Ezequiel la cuestión de la responsabilidad individual entra en el profetismo.

En nuestro texto (Ez 18,25-28) el profeta parece oponerse a la idea de los exiliados que interpretaban el destierro como consecuencia de la culpa de los antepasados sin interrogarse en cambio sobre su propia conducta. No vale acallar la conciencia bajo el pretexto de una maldad colectiva que se remonta a los antepasados.

Segunda lectura: Filipenses 2,1-11

Tened entre vosotros los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús.

Continuamos con la lectura de la carta a los Filipenses, la carta más personal de todas las que escribió el apóstol. Aunque en la comunidad de Filipos no habían surgido problemas graves de orden doctrinal o práctico, había algunas semillas de discordia que dificultaban la convivencia entre sus miembros. Por eso, Pablo exhorta a los Filipenses a mantenerse unidos en la humildad (2,1-4), pues la humildad impide la división, mientras que el egoísmo, el orgullo y la arrogancia la promueven. El apóstol la describe por vía negativa («no obréis por envidia ni ostentación») y

también en positivo («considerad siempre superiores a los demás»). Acto seguido, y sin ningún preámbulo, les propone como modelo a seguir la figura de Cristo (2,5).

El himno pascual recogido en 2,6-11 y que cada año leemos en la misa del domingo de Ramos, se compone de dos escenas: la obediencia humilde de Jesús hasta la muerte de cruz (vv. 6-8) y la exaltación al cielo como respuesta del Padre a la obediencia y humillación del hijo (vv. 9-11).

Evangelio: Mateo 21,28-32

Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios.

De nuevo Mateo presenta una parábola a propósito de una viña (21,28-32), que en ciertos aspectos nos recuerda la que leímos el domingo pasado (la de los jornaleros de la viña) y la de los invitados al banquete de bodas que declinan la invitación por diversos motivos (Lc 14,16-24; Mt 22,2-10).

En nuestra parábola intervienen tres personajes: el padre y sus dos hijos. El padre, que representa a Dios, quiere que sus hijos vayan a trabajar en su viña, que representa al pueblo de Israel. Los hijos se comportan de manera muy diferente: el primero se niega a ir a la viña, pero, después de pensárselo, al final acata la orden del padre; el segundo, acepta el encargo inmediatamente sin poner ninguna objeción, pero luego (desconocemos el motivo, pues el narrador lo silencia) no lo lleva a cabo. Dos actitudes se desprenden del comportamiento de los hijos: la del pecador arrepentido que cumple la voluntad del Padre y la del inconsecuente e hipócrita que «dice y no hace» (cf. 23,3). Mateo atribuye esta actitud a los dirigentes religiosos y políticos de Jerusalén que, por no querer renunciar a sus posiciones y privilegios adquiridos, se cerraron al mensaje de salvación.

Una vez concluida la parábola, Jesús pasa al terreno práctico y menciona dos categorías de pecadores típicas de la época: los publicanos (recaudadores de impuestos que trabajaban para los romanos) y las prostitutas. Aun siendo pecadores públicos, ellos se convirtieron ante el ejemplo y predicación de Juan el Bautista (siguieron «el camino de la justicia»), mientras los hipócritas, ritualmente intachables, persistieron en su cerrazón. Aquellos se convirtieron y creyeron; éstos, en cambio, ni se arrepintieron ni creyeron: siguieron indiferentes su camino.

La parábola interesa a todos, pues el Padre sigue buscando jornaleros para trabajar en su viña, es decir, para colaborar en su programa de salvación. La decisión depende de cada persona.